



EL CORTANTE DE CADIZ.

SEGUNDA PARTE.

YA dije como salió
aquel Mercader de fama
de las Indias á un viage:
con salud volvió á su patria,
y á recibirle salieron,
antes que desembarcara,
los deudos y los amigos,
y tambien su esposa amada.
Se cortejaron alegres,
y el Mercader preguntaba
por su hijo Pepe á su esposa,
diciendo, que por qué causa,
no ha salido á recibirle?
y ella dijo estas palabras,
has de saber, dulce esposo,
que al hijo de mis entrañas,
por la leccion le dió Pepe
un bofetón, y enojada
le dije que era un bastardo,
que se fuera de mi casa;
y desde entónçes acá
no hay quien le vea la cara.
Calló el Mercader atento,

oyendo aquesta embajada:
se fué á su casa al instante,
y así que por ella entraba,
le echó los brazos al cuello,
diciendo: Pepe del alma,
qué tienes? quien te ha enojado?
El la mano le besaba,
y le dijo: padre mio,
me alegro de ver que en casa
esté ya vuesa merced;
mas quisiera que me hallara
difunto sobre la tierra;
no porque me falte nada
en vuestra casa, señor;
mas me dijo una palabra
mi madre, y esta la tengo
en mi corazón gravada.
Y así le suplico y ruego
por la Virgen Soberana
me diga quien es mi madre,
porque esta que me criaba,
veo no es, ni lo ha sido,
pues bastardo me llamaba.

Oyendo el Mercader esto,
un papel escrito saca,
tambien sacó los pañales,
que en el cofre los guardaba,
diciéndole: siendo niño,
dentro en Cádiz te tapaban,
con estos mismos pañales;
y aquestas letras declaran
de donde sois, y en qué forma
habeis venido á mi casa.
Leyó el papel, y en él vido,
que era natural de España,
de la gran ciudad de Cádiz,
y causa porque se hallaba
en las Indias orientales;
y así de gozo lloraba,
y al que tenia por padre
de aquesta suerte le habla:
señor, pues vos me criásteis
como hijo, yo os llamaba
padre; mas ya reconozco
que no lo sois, y esto basta:
y así la licencia os pido
para partirme á mi patria.
Como si fuera su hijo,
un navio le cargaba
de mercancías y gente,
que fueran en su compañía.
Dióle una cadena de oro,
para que de él se acordara,
con otras joyas de precio;
tambien le entregó una carta
para un Mercader de Cádiz.
Le dijo que si no hallaba
padre ó madre, se volviese
á las Indias sin tardanza.
Y él le dijo: padre mio,
por la Trinidad sagrada
le ruego que me perdone;
y arrodillado á sus plantas
le besó humilde la mano,

de todo dándole gracias.
Hechos sus ojos raudales,
por despedida le abraza,
diciendo: el cielo te guarde,
á Dios, Pepe de mi alma.
Engolfóse mar adentro,
caminando con bonanza;
pero tuvieron un susto,
que un Domingo de mañana
se vieron cuatro navios
de Moros que á corso andaban,
y apresaron el navio,
sin que defensa bastára.
El Capitan de los Moros,
que los cuatro gobernaba,
le dijo: dime, Cristiano,
á donde iba tu jornada?
Y el Cristiano le responde:
para las costas de España
era, Señor, el viage,
De quien es riqueza tanta?
Mia, gran Señor, le dice;
y el suceso le contaba,
y por mas satisfacerle,
los papeles le mostraba
en prueba de la verdad.
El Moro, que atento estaba,
tomó el papel en las manos:
vuelos sus ojos en agua
al mirar aquellas líneas,
mil parabienes le daba,
abrazándole gozoso,
y diciendo estas palabras:
conoci bien á tu padre,
y á tu madre muy amada;
por tí se vé mi persona
en el triunfo en que se halla;
y así no te dé cuidado,
ni tengas temor de nada,
que yo te acompañaré
á esa Ciudad afamada

de Cádiz, donde naciste,
que es justo te satisfaga,
pues has de saber que yo
fui el esclavo que en la playa
de Cádiz te dejó vivo.

Entonces pues le contaba
todo el caso por estenso;
y haciéndole retaguardia,
hasta la Ciudad de Cádiz
lo comboyó con su escuadra.
Llegaron al puerto alegres,
y una banderán levantan,
disparando algunas piezas,
y la novedad llamaba
á todos los Mercaderes,
discurriendo que llegaba
el Mercader de las Indias,
que aguardándole ya estaban.
Salieron á recibirle,
y luego entregó la carta
al mismo para quien era,
y leida, les declara,
que era este el hijo propio
del Mercader que aguardaban,
y mercancías traía,
pues su padre le enviaba;
dándole la enhorabuena,
todos se congratulaban.
Habiendo saltado en tierra,
á pocos días que estaba,
donde vivía el Cortante
procuró saber con maña;
y yendo con sus criados
con dinero, les mandaba,
que en aquella casa entrasen,
y que allí se lo dejaran.
Salió corriendo su padre,
sin saber con quien hablaba,
le dijo, señor, quisiera,
de que su merced sacara
el dinero, que no gusto

tener ni guardar en casa
moneda alguna de nadie,
y menos sin saber cuanta
me entregan, como podré
otra vez al entregarla,
dar una cabal salida?
El le dijo que callara,
y en su casa la tuviese,
que mas bien guardada estaba
que si el mismo la guardase;
asi consiguió la entrada
en la casa de su padre,
y ya todos murmuraban
en saraos y banquetes,
que en casa el Cortante entraba
el Mercader de las Indias,
mas no sabian la causa.
Temieron que pretendiera
el Mercader á una hermana
suya é hija del Cortante,
que era en extremo bizarra.
Dábanle mil documentos,
y el Mercader que fué causa
de su variable fortuna,
un dia con mesa franca
le convidó, y aceptando,
con espléndida abundancia
les sirvieron á la mesa
mil primores de viandas.
Y sobre mesa le dijo
con alhagüenas palabras:
me admiro mucho, señor,
que su afición puesto haya,
y tan firme, en quien en sangre,
ni en la calidad le iguala,
pues es hija de un Cortante,
por mas que sea agraciada.
A trueque de que la olvide,
contento y de buena gana
le daría por esposa
á mi querida Bernarda,

que estimo mas que á mi vida,
Admirado se quedaba,
pues no esperaba otra cosa,
y respondió sin tardanza:
por dichoso me tendria,
logrando ventura tanta.
Conformáronse gustosos,
y con solo esta palabra,
se previnieron las bodas;
y antes que el dia llegara,
le dijo el yerno: señor,
quisiera que me otorgara
una peticion que pido,
y es, señor, de que á la usanza
de las Indias orientales
las bodas se celebraran.
En qué manera (le dijo)
son las bodas? Y él contaba,
como á todos los vecinos
mas cercanos á la casa
donde habitaba la novia,
al convite los llamaban.
Por no disgustar al yerno
vino bien en la demanda.
Cien mil ducados en dote
á su hija le señala,
con muy costosos vestidos,
joyas y ricas alhajas.
Celebráronse las bodas
con ostentacion y gala,
ballándose en el banquete
el padre, madre y la hermana
del novio, sin saber nadie
lo que en su pecho ocultaba.
Y en medio de la funcion
dijo el novio que gustaba,
le explicasen una duda,

y calló sin declararla.
Aguardando la propuesta
unos á otros se miraban;
y entonces le dijo el suegro,
que la duda declarara,
y verian entre todos,
si podian descifrarla,
que con gusto probarian.
Y él dijo que lo que estaba
una vez determinado
en el celestial alcázar,
si en el mundo habria alguno,
que á deshacerlo bastara?
Todos dijeron que no,
y que era cosa asentada.
Dijo él: pues ya que queda
la verdad certificada,
este es mi padre, señores,
mi madre es esta, y mi hermana
la que aquí veis, pues yo soy
el niño á quien intentaba
mi suegra que los esclavos
me dieran muerte inhumana:
aquestos son los pañales,
con que entonces me tapaban,
y estos renglones tambien
os explicarán la causa
de mirarme en tanto triunfo,
y casado con Bernarda.
Sea para bien, le dijeron
todos allí á voces altas,
vivan los novios, y vivan
sus padres edades largas.
Y luego todos humildes
á Dios rindieron mil gracias,
viviendo de alli adelante
con paz y union celebrada.

FIN.

SEVILLA: Imprenta de la Viuda de Caro. = 1843.